

Vegas bajas

Así como Valle-Inclán, a quien no dolían prendas, fundamenta dentro de *Luces de bohemia* la teoría del esperpento, esa sabia construcción soberana e inimitable de la literatura española, Alonso Zamora Vicente en *Vegas bajas*¹, echándole el máximo de valor, articula lo que a todas luces podría ser la base y sustento de una teoría de la novela, de lo que más justamente podría denominarse su propia poética. Y digo poética y no estética a sabiendas, porque la poética nace de la reflexión del escritor sobre su misma obra, mientras que la estética tiene por origen el docto y profesoral análisis de las *chef-d'oeuvres* de los grandes autores. Así, mientras la poética, por trivializar el término, vendría a ser para el escritor lo que el librito para cada maestrillo, la estética presupondría la codificación general y abstracta de normas extraídas de la observación de obras ajenas, normas, aquí entre nosotros, tan deletéreas y abstrusas que tanto pueden valer para un roto como para un descosido. De aquí que la poética sea algo personal e intransferible, como la segunda piel del escritor, y la llave maestra, siempre y en todo caso, para entrar en el *sancta sanctorum* de su obra.

No suele ser frecuente sin embargo que al novelista le dé por reflexionar sobre su propia obra. No suele ser frecuente aunque en verdad sí sea saludable. En cuanto demiurgo, el novelista deviene por lo general en animal literario, se empapa de literatura y de vida literaria y se limita a trasladar esa carga a las páginas de sus libros sin saber bien por qué ni para qué. Ajeno a lo que podría ser una teleología de la novela, se agota en sí mismo, no alcanza a sobrepasar los límites de su propia creación, con lo que si suena la flauta bien está y si no suena miseria para todos. No es de sorprender, pues, que podamos leer en *Vegas bajas* lo siguiente: «... lo que me llama la atención es esta creencia tan divulgada de que todo escritor está inmerso en una posesión genial del mundo, que no tiene más que dejarla fluir de su pluma» (pág. 119).

Y si bien no suele ser frecuente que el escritor reflexione sobre su propia obra más insólito resulta aún que, en límite de exigencia para consigo mismo, proponga al lector una teoría de la novela dentro del mismo texto novelado. Por lo general, cuando las tiene, el novelista se reserva sus opiniones sobre la novela para el momento de desarrollar un ensayo o para cuando siente necesidad de confesarse con algún entrevistador o escribidor de tesis doctorales. Y ello parece ser así porque, al opinar de la novela dentro de la misma novela, el novelista corre un riesgo adicional, se adentra en ese suspensivo y circense ejercicio del «más difícil todavía». Pues hace evidentes al lector las diferencias existentes, a veces abismales, entre la teoría y la práctica, entre las intenciones y los logros, lo que puede hacerle caer en ese infierno empedrado de buenos deseos del que siempre trata de huir a toda costa.

¹ *Vegas bajas*, Alonso Zamora Vicente. *Selecciones Austral/Espasa Calpe*, 1987.

La utilización de un personaje de *Vegas bajas* como «alter ego» permite a Alonso Zamora Vicente trazar una teoría de la novela. Es éste un recurso que hace que el texto ofrezca, con independencia de otras, dos lecturas claras y nítidas que van confundándose hasta hacerse una sola. De una parte, la de la propia novela como historia narrada, que va fluyendo de principio a fin, pero, de otra, la constatación de que ese fluir no es en absoluto ajeno a una idea previa de la narración, hasta el punto de que acabamos con la sensación de que ésta es una novela que se va haciendo a sí misma, que se desarrolla de esa manera, y no de otra, porque debía desarrollarse así necesaria e inapelablemente. «*Lo que tengo entre manos —dice Chucho— es un poco la vida de todos nosotros, de nuestro pueblito... El micromundo de nuestro lugar equivale al macromundo universal...*» (pág. 343). Y esa impresión de que la novela se va haciendo a sí misma proviene de que los personajes, además de personajes, asumen a su vez el papel de autores. Pues, al tiempo que nos van contando sus historias, que van haciéndonos partícipes de sus sentimientos, de sus filias y de sus fobias, van escribiendo con sus propias palabras el texto de la narración.

Claro es que toda poética, y la comentada muy en especial, entraña una concepción del mundo. Resulta inimaginable pensar que el hecho poético puede darse de un modo neto, puro, sin que se vea requerido por otras sollicitaciones relacionadas con el papel que asume cada escritor dentro de la sociedad. Es importante a mi juicio considerar este aspecto, porque si bien el compromiso del escritor es en último término para consigo mismo, ese compromiso no puede soslayar su presencia concreta en un contexto dado. De aquí, como ha sido probado tantas veces, sobre todo en momentos críticos y decisivos, que la literatura no pueda considerarse como una actividad inocentemente bobalicona e inocua.

Así, la poética que nos propone Alonso Zamora Vicente descansa en una concepción del mundo y asume un compromiso social. Y lo hace sin paliativos. «El novelista, pienso yo, ha de ser el dueño de todos los sentimientos y de todos los pensamientos. La novela ha de reflejar la personal actitud del autor de una u otra manera, con la distancia necesaria, y, si es menester, sin tomar partido, aunque yo creo que, al encararse con un problema de su tiempo, ha de tomarlo. Hay que eliminar de una vez por todas al narrador olímpico y encastillado» (pág. 256).

Estoy seguro de que hablar a estas alturas de literatura social, de compromiso, con todas las connotaciones negativas que conlleva, puede llegar a resultar intolerable para muchos paladares «exquisitos», sobre todo después de las reiteradas, abusivas y desproporcionadas críticas de que ha sido objeto. Y, sin embargo, —«*eppur si muove*»— habrá que insistir en que toda literatura, incluso la más descomprometida y escapista, está relacionada con la sociedad en que aparece. Simplemente porque fuera de ella resulta imposible construir algo.

Entiendo que *Vegas bajas* es una novela social por excelencia, a la que cabría encuadrar dentro del «realismo crítico», siempre y cuando tales etiquetas se tomaran como simples indicadores orientativos, pues nunca y en ningún caso pueden comprender en su oceánica totalidad el hecho literario. Alonso Zamora Vicente, por intermedio de su *alter ego*, cree por ejemplo que la novela no debe tener un personaje concreto ni mucho menos único. Con ello, y por lo que se refiere a nuestra época, se está oponiendo

a la literatura psicológica del siglo XIX, la cual, en sus epígonos, dio lugar a la literatura de los llamados «casos clínicos». «Ya ha pasado eso —dice—. Los hombres no estamos aislados, no obramos con arreglo a una falsilla interior, sino que somos un conjunto, y de ese conjunto hay que hablar» (pág. 336).

¿De qué modo se cumple, dentro de *Vegas bajas*, esta condición propuesta por el novelista? Yo diría que totalmente, radicalmente. Porque el héroe de *Vegas bajas* es un personaje colectivo constituido por todos cuantos forman parte de la vida de San Martín de las Vegas Bajas, que es así el nombre completo del pueblo novelado. A la manera de un gran mosaico, actuando como un coro, todos los personajes van construyendo ese ente colectivo sin perder por ello sus propias y personales singularidades.

Novela social por excelencia, que adopta una actitud virulentamente crítica, *Vegas bajas* se empeña en entrar frontalmente en muchos de los males que vienen gangrenando la vida del país. No será sorpresa, por tanto, que no llegue a ser texto de la devoción de los bien instalados. Incluso hasta uno de los personajes, al escuchar el proyecto de la novela, no puede dejar de decir: «Quizá con estas ideas tu novela... no sea una novela, sino una monumental denuncia» (pág. 256). Y eso es, una monumental denuncia que se inscribe dentro de una no menos monumental novela. «...Yo lo que más reprocho —va a decir Chucho— es este no saber estar frente a los propios problemas, frente a la masa a que pertenecemos» (pág. 119). Y es que buena parte de cuanto ha venido en llamarse el «mal de España» está presente en la narración. Burla burlando, en franco y descarado ejercicio de la ironía, que a veces alcanza el sarcasmo, se hace la crítica de los mil y un vicio, constitutivos de nuestro ser nacional. Pero quede constancia de que esa ironía y ese sarcasmo no llegan en ninguna ocasión al insulto ni al desplante chulesco, chabacano y grosero. No en balde se expresa en el mismo texto: «...novelistas con malaúva, a la hoguera» [porque] «el novelista ha de saber poner en las páginas de su libro el dolor y la alegría, el sueño y la vigilia, la risa y el llanto, el rencor y el agradecimiento. Y por encima de todo, la ternura y la comprensión» (pág. 256).

El objeto de esa crítica es, a veces, la vida política, que ha dado paso a una democracia parida con forceps en que los políticos se han ido instalando deseosos de olvidar con un borrón y cuenta nueva los sufrimientos y las humillaciones de apenas ayer, sin importar a qué coste de injusticias; es, otras, la vida académica, chata y ruin, miserable y sin horizontes; es, en fin, la vida cultural, presidida por la confusión y el chanchullo. «Una mierda enciclopédica, eso es este país... háblame de esos obreros que traen todas las mañanas dede los pueblos ya no tan cercanos; y los devuelven a su casa por la noche, venga horas de autobús o de camión, y trabajan todo el santo día sin contrato, sin seguros, sin nada, solamente por miedo al hambre... ¡Un país nuevo es lo que necesitamos! (pág. 95). Un país nuevo a más de un cambio total, radical, porque las gentes que andan en la cosa pública no pueden esconder su... «Mediocridad, falta de preparación... Haría falta un hombre nuevo, lejos de la tartufería porcachona del hombre aderechado... y lejos igual de la ramplonería izquierdosa [pero sobre todo] ...de la izquierda burguesa... Esos me dan tres patadas, y es de lo que más tenemos. La Universidad... está atestada y las redacciones de los periódicos [y por más precisión los define como] los enganchados con toda la dentadura a la gran vaca de la administración... Son los progres... Algún día los desenmascararemos de una vez, y los enseñaremos en una monu-